

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

15 CENTIMOS NÚMERO

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50
	» año..... 10

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6
	» año..... 12

## R. I. P.

Dan ganas de reír, si no dieran ganas de llorar. Se ha firmado la paz; nos hemos quedado sin Cuba, sin Puerto Rico y sin Filipinas, y la gente se ha encogido una vez más de hombros como único comentario a toda esta serie de catástrofes. ¿Ni una protesta, ni un grito de indignación, ni siquiera una mueca de disgusto!

¿Tendría razón Salisbury al afirmar que España era un país muerto? Casi estamos por asegurar que sí.

Lloremos, pues, a la par que la muerte de nuestro imperio colonial, la muerte de nuestra desgraciada patria.

Lloremos, sí, que este es el único recurso de los débiles y de los cobardes.

¡Lloremos!

## LA PUNTILLA

Imaginate, Fabio amigo, que fueras carlista. ¿Que no te es posible formarte imaginación tan extraña? Haz un esfuerzo, por tu vida. Quitá de tu cerebro lo que es menester quitar para aposentar en el hueco la monarquía patrimonial. Pon en tu cerebro todo lo que es preciso poner para darse a entender que España pertenece de derecho a D. Carlos de Borbón. Y una vez hechos esta mudanza y trasiego en tu masa encefálica, héte transformado en hipótesis en un celoso y ardiente mantenedor de la santa causa del Chapa.

Por más que tengas la desgracia de ser carlista, tú eres, amigo Fabio, hombre de inteligencia y de corazón. En tal supuesto, he aquí que llegan a tus oídos los rumores que circulan. Don Carlos se agita, tus correligionarios se preparan, se busca dinero, con o sin empréstito. Ante la perspectiva de una próxima guerra civil, he aquí, punto más, punto menos, cuáles son tus meditaciones:

«Carlista soy de remate y deseo con vehemencia que venga D. Carlos a poner un término a la desenfadada orgía del gárrulo liberalismo. Ciertamente que ya no ampara a nuestra causa el vínculo religioso. La iglesia militante ya no milita por nosotros. Los representantes de la fe viven en el seno de la legalidad como el pez en el agua. Nunca nosotros les mimáramos, les serviríamos, les atenderíamos, como ahora se les atiende, sirve y mima. Es más; para alzarnos en armas, lo primero que tenemos que hacer los carlistas es obedecer abiertamente el mandato absoluto, terminante y reiterado del padre común de los fieles, del cabeza visible de la iglesia, del sucesor de los apóstoles y Vicario de Cristo en la tierra.

No importa, aunque Dios se haya borrado de nuestro estandarte, yo sigo la enseña. Tan robusta es mi convicción política que sofoca en el fondo de mi conciencia mi fe religiosa. Soy carlista, no por la iglesia, sino contra la iglesia; no por el Papa, sino contra el Papa; no por Dios, sino contra Dios. Lo primero para mí es la legitimidad. España es una alquería que le quitaron a mi amo. Los españoles son un rebaño que pertenece a mi señor. Por reintegrarle en sus derechos de propietario, estoy dispuesto a dar mi sangre y ver-

ter la ajena. Todo menos consentir que D. Carlos no cobre su hacienda.

Sí; la ocasión es excelente, única. Pero ¿cabe aprovecharla? ¿Es lícito? ¿Es patriótico? ¿Es honrado? ¿Qué vamos a dar nosotros a España antes y después de nuestro triunfo? ¿Qué consuelo aportamos a su culto? ¿Qué remedio traemos a sus males? ¿De qué suerte iremos a aliviar su inmenso infortunio? Ahógalas el peso abrumador de una deuda inmensa y nosotros, vencidos ó triunfantes, vamos a aumentar esa deuda. No puede con los gastos de un personal militar desmedido, efecto de las guerras, y nosotros, al día siguiente de la victoria, vamos a duplicar con los nuestros el número de jefes y oficiales. Las obligaciones eclesiásticas le son gravosas y nosotros, si hemos de pagar ciertos servicios y acallar las cóleras del Papa, tenemos que aumentar en gran manera la carga de las obligaciones eclesiásticas. El presupuesto de clases pasivas es enorme y nosotros nos preparamos a hacer más viudas y más huérfanos. La agricultura carece de brazos y nosotros vamos a arrancar de sus hogares al agricultor. Toda una generación ha sido estérilmente sacrificada en las guerras coloniales y nosotros vamos a sacrificar la generación siguiente. La resurrección de la patria reclama el concurso de todos y nosotros traemos la discordia. Los problemas pendientes abruma por su número y gravedad y nosotros vamos a suscitar de nuevo problemas ya resueltos. España necesita rehabilitarse en la opinión del mundo y nosotros vamos a notificar al mundo que la demencia suicida de los españoles es incorregible.

Aun todo ello fuera poco sin el tremendo, sin el supremo riesgo que amaga hoy a la existencia misma de la patria. ¿Quién lo ignora? España está, como China, puesta en estudio por los grandes salteadores de pueblos. El cadáver de esta gran nación parece una presa fácil a los cuervos del derecho de gentes. Nuestra impotencia, nuestra indefensión han azuzado su apetito. Ni siquiera ocultan la brutalidad de sus codicias. Los yanquis dicen que «por ahora», no habían pensado en quedarse con Canarias. Salisbury nos señala claramente como pasto sabroso del canibalismo internacional. Todas esas ambiciones buscan para saciarse sólo la sombra de un pretexto. ¿Y qué pretexto más plausible que el de la discordia civil, originada al día siguiente de la catástrofe y mantenida a nombre de cosas que ya a los ojos de Europa culta, pertenecen a la arqueología? Inglaterra tiene prisa por reñir. ¿No podría buscar en España la ocasión que ha perdido en Fashoda? ¿No podrá obligar a Francia a afrontar la colisión, so pena de ver al Mediterráneo, el «mare nostrum» de la gente latina, convertido en un lago inglés? ¿Desaprovechará esta coyuntura para suscitar el temeroso problema de Marruecos? Si el conflicto europeo se origina por nuestra culpa, ¿qué será de nosotros, arruinados, desangrados, inermes, discordes, juguetes de las ambiciones y conveniencias del poderoso? Comparado con el levantamiento carlista de ahora, la traición de San Carlos de la Rápita habría sido una niñería. La guerra de África no ponía en cuestión la vida misma de la patria. El primer tiro que ahora se dispara será ó no el anuncio de la conflagración europea, pero de cierto hiere en mitad del corazón a la madre España.

A eso no, no coopero. Podrá dolerme, como hombre de partido, el que ocasión tan propicia se desaproveche y se pierda. Como patriota jamás oficiaré con España de puntillero.»

Esto pensarás tú, Fabio discreto, y te abstendrás de toda participación en una intentona que habría de ser, en las circunstancias actuales, el más negro de los delitos. No parece posible que ningún español quiera hacer en la península de Maceo ó Máximo Gómez, sirviendo, más ó menos conscientemente, los designios del extranjero rapaz que expía el momento para caer sobre nosotros y despedazarnos. No habrá locura semejante a esa locura; no habrá crimen comparable con ese crimen. Quien tal hoy, a sabiendas, hiciera, merecería la pena de los parricidas.

ALFREDO CALDERÓN.

## LA FUERZA DE LOS CALZONES

—¿A que no sabe vuesa merced de qué, ó sobre, ó a propósito de qué disertaría yo si tuviera esa labia y ese donaire que vuesa merced, mi señor, pone en sus arengas?

—Elegía será lo que propongas.

—¿Herejías? Libreme Dios de ellas como de hacer lo que los niños suelen hacer en la cama.

—No digo que propusieras herejías, sino elegías. Has de saber, Sancho, que son muchas las maneras de componer, así poemas, como discursos. Unos son de lances de guerra y llámanse épicos; otros son aquellos así poemas como discursos, ó otras composiciones del arte y el ingenio, obras que se hacen para llorar tristezas; a estas obras llámaselas elegías ó de un género llamado elegía.

—Pintiparado había de ser tal género ó lo que fuera para emplearlo ahora; mas no es esto lo que yo propondría. Andame en el caletre una flemma para disertar.

—Tema, no flemma.

—Eso que vuesa merced dice, un tema.

—Venga ese tema sobre el cual tú disertarías si tuvieras labia y retórica, que, según tú, yo luzco, y mira que hablo de ello para aconsejarte que no me alabes y para alabarme te sirves de nuestro periódico, pues no es decoroso porque habrán de decir que es un medio de que nos valemos caballero y escudero para gozo de nuestra sociedad. Así, pues, propón el tema.

—Pues disertaría yo ahora sobre «La fuerza de los calzones».

—¡Vaya un desatino! ¡De las naciones, querrás decir!

—No quiero tal decir, sino que lo que decir quiero, dije y dicho queda. La fuerza de los calzones.

—Simplón, zafíote; imagínate tú qué es la oratoria ó qué es la poesía, que son las artes hermosas que digo, propias para divertirnos con sandeces.

—En cuanto a esto, nada diga vuesa merced, porque oradores se llaman Silvela, Canalejas, y tantos otros que no dicen más que verdaderas sandeces. Venga vuesa merced acá y no se enoje porque hablo en figura.

—En sentido figurado.

—¡Catal! ¡Acertó vuesa merced! ¿Quiénes llevan calzones? Los llevamos los hombres, al hablar, pues, de la fuerza de los calzones—diga vuesa merced que hablo de la fuerza de los hombres. Y si fuera yo maestro de



# DON QUIJOTE

LO QUE DEBIERA HACERSE

PROGRAMA DE DON CARLOS



—Pues todavía me he quedado con apetito.

LA ULTIMA

CARTA DE MONTERO

—¡Toma tú dinero!



Nº 100

El primer ministerio.



Papel higiénico.



...Y sabrá usted, D. Práxedes, que ni siquiera han tenido la precaución de usar el coldcream...

—Pero si yo me piro por los sordos!

¡Todo se ha perdido!

Ayuntamiento de Madrid



los altos estudios y me viese en el Ateneo, ya habría abierto «un curso de fuerza de los calzones», y era para proponer que ya que no los hemos bajado y recibido azotes, no está bien que nos los pongamos, puesto que no tenemos fuerza en ellos y se nos caerán, hagámonos unos á manera de sotanas ó de sayas y caminaremos con mayor desahogo y menos vergüenza. ¡Morir! Deberíamos haber muerto los españoles todos antes que haber llegado á tales desdichas y afrentas.

¡Mire que saber que andan por esa España luciéndose de parlanchines muchos pobres diablos y que *banquetean*, y brindan, y se regalan mutuamente flores y dulces en estos momentos! Extrañados se muestran muchos de que nos pase lo que nos pasa... Pues qué, ¿no hace mucho tiempo que España es país conquistado? ¿Quiénes sino los extranjeros, son en España dueños de las fuentes de riqueza? Suyos los ferrocarriles, suyas las minas, suyos hasta los menores servicios urbanos. Vea, aquí, vuesa merced, para qué podrán querer los bolsillos de los calzones nuestros compatriotas. Llévanse bolsillos por tener en ellos dinero para sacarlo á tiempo, según fuera uno andando por el mundo y necesitando gastar; pero como acá los dineros no se emplean en fomentar trabajo, sino que se guardan ó se ponen á ganancias de usurero, ó se envuelven metidos en orzas bajo tierra, para nada nos valen los bolsillos.

Para caninar, mejores hallo que son los calzones que las sayas, y así los soldados tienen que usarlos porque han de moverse en la guerra con diligencia y presteza. sayas sólo gastan los escoceses, pero son faldillas cortas; ahora bien, pienso que no nos son necesarios ya los soldados, y así pues, no se me ocurre otra cosa en estos alegres días, tan de regocijo y de ventura, sino ingeniar-me en acabar mi conferencia de calzones, dictando una pragmática que ha de resultar muy oportuna y puede que haya quien la aplauda; tome pluma vuesa merced y sobre blanco papel, hágame el servicio, que mucho habré de agradecerle, de ir poniendo en letra lo que le fuese diciendo y que, así por palabra tras palabra, ha de ser esto sin tilde más ni punto menos.

«Agora que no ha necesidad de poner homes en procura de fazañas de guerra, sino antes mantener para todos regalo y mucha holgura, porque no habemos cosa que perder, pues todas las perdimos y si más tuviéramos más habríamos de perder, será de conveniencia para la república ordenar el vestimiento de los españoles para que resulte apropiado á su ocio y á su gozo.

Y así, por esto, mandamos que non se usen en España pantalones ó calzones, sino género de prenda de las llamadas bragas, faldillones cortos los que non fueren tan hombrunos que la su hombría tuviere tufo de virilidad; mas éstos, han de ser ciertamente en corto número y habrán de caminar con un cencerro ó esquila en la mano, y sonándoles á fin de que las demás personas se retiren ó oculten cuando ellos pasaren.

Así fuera de los mencionados, todos los demás usen sayas largas y amirinecadas, que han si es de ley «y non otro hábito.

Otrosí: Que se busquen los calzones del último español bragado de que hubiera noticia, y se guarden en el Museo de Arqueología, como testimonio de lo que fueron los españoles en «tiempos fabulosos».

—Sancho, no sé como puedo oírte.

—Claro es que exagero, señor, ciertamente; pero dígame vuesa merced, ¿puede sufrirse lo que nos pasa? ¿No ve vuesa merced cuanto se dice por ahí y repite acerca de que se supriman ó poco menos la marina y el ejército? ¿No regalaría vuesa merced á los que tal dicen unas sayas tiranas, una mantilla y un abanico?

¡Ah! felizmente cuanto he dicho sólo se refiere á los majaderos á que aludo, porque el país, el país podrá darnos el día menos pensado una grandiosa sorpresa.

—Hágalo Dios, Sancho.

## LOS BRAZOS ROBUSTOS

Honrados obreros de brazos de roca de cuerpos robustos, á quienes acosan los frios que matan, el sol que sofoca y el viento y la lluvia que el rostro os azotan, ganando el sustento con rudas congojas.

Si cesa la industria, si faltan las obras y os veis en la calle sin pan y sin ropa. ¡Jamás vuestros brazos robustos, de roca, se extiendan humildes pidiendo limosna!

¡Jamás al ahito que el oro merceda le habléis de miseria, porque eso le estorba! Si el brazo se extiende que no se haga en forma de humilde demanda, que un «Dios le socorra» humilla al honrado

## DON QUIJOTE

y al digno abochorna. La tierra nos brinda productos de sobra, que son para todos, que cede, amorosa, y en campos y minas algunos explotan.

Honrados obreros de sangre ardorosa, tenéis, como todos, aquellos que os roban derecho á la vida; la tierra es muy pródiga, pedir humillados degradada y deshonra. ¡Los brazos robustos no piden limosna!

LUIS GONZÁLEZ CANDO.

## QUISICOSAS

Del dicho al hecho hay gran trecho, y á decir voy, por capricho, lo que los hombres han dicho y lo que después han hecho.

Hay que hacer un gran rosario con cabezas de usureros. Y el que ayer esto decía hoy presta al treinta por ciento.

Al que vuelva la casaca hay que volverle el pellejo. Y el que así hablaba, comía con todos nuestros Gobiernos.

¡Fuera recomendaciones! Así gritaba un señor, y si consiguió una cátedra fué por recomendación.

A los que en el peso roban hay que echarles á presidio. Y éste, después fué tendero, y robando se hizo rico.

Las cruces que no se ganan ni dan honra ni provecho. Y éste, por favor, obtuvo la cruz de Carlos Tercero.

¡Abajo la empleomanía que es el cáncer de los pueblos! Y el hombre que así gritaba hoy come del presupuesto.

VICENTE RUBIO.

## LOS CABELLOS DE ZAIDA

Hermosa mía: si no estás dormida, ¿quieres referirme uno de esos cuentos admirables que sólo tú conoces, y que en tus labios son suavísimas melodías que consuelan mis penas y arrullan mis odios? Así decía el Sultán la noche mil dos á su favorita.

Sherezada despertó y comenzó su cuento, ciñendo los torneados brazos al cuello de su señor, apoyando en su hombro la cabeza, caldeándole el rostro con su perfumado aliento; y...

...Nos parece que para que la censura se convenza de que este cuento es completamente oriental, basta con lo escrito.

Allá en las tierras de Bagdad vivía, dijo con melodiosa voz Sherezada, un gran sabio que conocía las virtudes de las plantas y de las piedras; que fabricaba los más seguros amuletos; los elixires más prodigiosos; que leía en las estrellas; que sabía dónde encerraba su oro la tierra; que sólo Alah es grandel pero aquel sabio, era mucho sabio.

Cierta día, Abdalá, que así se llamaba el sabio de Bagdad, vió ¡oh duelo! entre los negros y blondos cabellos de la más hermosa de sus odaliscas, de Zaida, una hebrilla de plata; pasó el tiempo, y los cabellos blancos fueron en aumento; pasó más aún, y un día formaron madejas lo que sólo fueron hebras sueltas. ¡Terrible día aquél! Zaida veía su imperio próximo á perderse: ya se imaginaba destinada por su señor á mulir los almohadones del harem, á limpiar la alberca del baño, á perfumar, ¡vil esclava! á otra favorita...

El sabio, que, como tal, era distraído, no había observado aquel blanquear de cabellos hasta que la misma Zaida, como explicación á sus tristezas, se le mostró hecha un mar de llanto. Abdalá conmovióse y ofreció encontrar en su ciencia remedio al mar que tanto apenaba á su hermosa favorita.

El cuento no dice si pensó en cambiar de favorita, caso de no encontrar el remedio; pero ello es que Abdalá comenzó al día siguiente á ensayar mezclas y tinturas, aromas esenciales, corrosivos líquidos, sales y ácidos, y... unos teñían, pero luego se despintaban, otros quemaban, aquellos irritaban la piel, alguno hacía caer los cabellos, los de más allá manchaban las ropas.

—¡Maldita é insuficiente ciencia!—exclamaba el sabio.—¿Me negaras el secreto para devolver los negros cabellos á Zaida, y con ellos su alegría y mi dicha?

El sabio no cedía, y estudiaba y combinaba piedras y plantas, y esencias y tintas, y sucesivamente aplicábalos á los cabellos de Zaida, siempre con desesperante y negativo resultado...

Un día al fin encerróse en su laboratorio, llevando en la mano un mechón de aquellos malhadados cabellos blancos, y resuelto á salir del cuarto ó con la codiciada tintura ó muerto.

¿Cuánto tiempo pasó? No lo recordaba el sabio, pero acabó por salir de su estudio, destrozado por las vigili-as, macilento y envejecido, mas con aire de triunfa-

dor, y exclamando:—¡Alah sea loado! ¡Por fin! ¡Por fin!

Fué á ver á Zaida para aplicar á sus cabellos el prodigioso elixir que había de devolverles la belleza; pero Zaida, ¡la hermosa Zaida!... ¡se había quedado calva!

... Todos buscan ahora, como el sabio Abdalá, la maravillosa tintura de la regeneración; pero como tardan mucho, la pobre España ya no tendrá canas... habrá perdido hasta el pelo.

## GENTE CONOCIDA

La sociedad, torpe é inmoral, le abre todas las puertas, le empuja á las más altas posiciones, le llena sus arcas de oro, le adula y le ensoberbece.

La Naturaleza, sabia y justa, le negó una compleción fuerte, un cuerpo robusto. Sus orejas tienen una transparencia que espanta; su nariz aguileña, acabada en punta como pico de ave de rapiña, asusta. El más débil de nuestros obreros despreciaría sus enclenques piernas y sus escuálidos brazos, inútiles para la hermosa lucha de la vida. Tiene las mejillas palidas, los ojos hundidos, los labios griteados é incoloros, las manos huesosas, la frente formando con las cejas un ángulo brutalmente agudo. Es un degenerado que por divina ley inexorable, debe desaparecer.

Mirado por detrás, evoca la idea del piticóide de Darwin. Visto por delante, parece una urraca de plumaje negro. De perfil, semeja un ave egipcia, que encumbrada en las ruinas de la esfinge ve tranquila desbordarse el Nilo, sorda, indiferente, como si los dolores de la Humanidad no hubieran de llegar hasta ella, dios de una civilización muerta.

Vive gracias á Bronw-Sequard, que le inyecta jugos vitales; tiene apetito porque Blancard le surte de píldoras de hierro y fósforo; digiere porque Scott le atosiga con aceite de hígado de bacalao... Es el hombre máquina por excelencia... Funciona su cuerpo por la virtud de maravillosos específicos, y se cree que tiene alma, porque así lo fingén hábiles secretarios. Uno, comerciante de los que no han oído hablar nunca de conciencia, le entrega las minutas del interés compuesto que ha de pagarle el empobrecido Estado. Otro, explotador de artificiosa moral sacristanesca, le señala los tugurios donde hay mujeres que de hambre se prostituyeron. Otro, foliculario que fué á la Universidad, menesteroso de aprender las trampas de las leyes, le muestra cómo se mata á los periódicos que defienden la libertad, que enseñan al pueblo sus deberes y cooperan al perfeccionamiento de su inteligencia. El último secretario, en fin, asqueroso policía, delata á los literatos y periodistas que, vencidos por el hambre, venden sus ripios por un mezquino sueldo y un andrajoso gabán de pieles.

Y él, ilustre inconsciente, cobra al Estado y persigue ante la ley á las mujeres sin amparo que tienen hambre de pan, y á los hombres honrados que tienen sed de justicia.

No le veréis emplear su inmenso poderío en exterminar á los usureros que beben sangre de necesitado al 60 por 100, ni á los caciques que arrebatan al pueblo sus derechos políticos, ni á los ministros que prevarican.

Esta sería moral humana y su moral es de otro orden: de la orden de Loyola.

Su caridad es inagotable. La delación odiosa, la abjuración falsa, la virtud fingida, la cobardía que se viste de andrajos y reza, la petición humillante, el anulamiento del libre albedrío... Todas estas virtudes son recompensadas espléndidamente por este potentado.

Como el rey *Hechizado*, tiene miedo á la muerte insobornable y se entrega á discreción á los que medran en el oficio de dar hisopazos al demonio para que abandone los cuerpos que posee.

Quando su estómago le atormenta, cree que Satanás ó Luzbel hacen correrías por su cuerpo.

El demonio no penetra en abismos tan amedrentadores, en cuyo fondo la corrupción hierve y se multiplica para lanzarse fuera, intentando mancharnos á todos.

DR. PEDRO RECIO DE TIRTEAFUERA.

## CORRESPONSALES QUE NO PAGAN

Asunción Álamos.—Bermeo.  
Ramón Martínez.—Rivadavia.  
Manuel Álamo.—Villalba.  
Antonio Flórez.—Cangas de Tineo.  
Jeremías González.—Alger.  
Francisco López.—Infantes.

(Se continuará.)

## Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1899

Está ya en prensa, y publicará, entre otros originales, los siguientes:

*Literatura extranjera.* Poesías: *Jesús*, por Víctor Hugo; *Insomnio*, por Haine. Cuentos: *El literato*, por Catulo Mendez; *La cogida del Tato*, por Julio Claredie.

*Poetas americanos:* *Nieve de hartio*, por Juan de Dios Pesa. *La guitarra:* Cantares de Bascá, Redel, Alcáide de Zafra, Burgos, Avilés, Palau, Iruela, Machado, Paradas y Tovar.

Y artículos y poesías de Ramos Carrión, Bulart, Barrantes (Pedro), López Silva, Silverio Lanza, Valle Inclán, Benavente, Rueda, Ferrari, Palacio (Manuel del), Dicenta, Perez (Dionisio), Guillar, Delgado (Sinesio), Sawa (Miguel) y otros distinguidos escritores.

De la parte artística se han encargado notables caricaturistas españoles y extranjeros.

El **Almanaque de DON QUIJOTE para 1899** formará un elegante volumen de 64 páginas, é irá adornado con una artística cubierta en colores.

Precio: 50 céntimos para el público, y 40 para los correspondientes y suscriptores de **DON QUIJOTE**.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.